

Walter Santa María Bouquet:

Walter 1980, México DF. Estudió letras hispánicas y actualmente es estudiante de historia, becario de la UNAM. Asistente de investigación en el Instituto de Investigaciones Históricas de la UNAM. Miembro del Seminario de Estudios Históricos Sobre la Edad Media. Coordinador del grupo “Pájaro Pinta” de arte para niños.

Zoociedad A-Huevologica

Plasticulín, Plasticulito, Plásticulo y Plasticulón caminan rumbo al templo del saber en busca de su moribundo maestro, el impecable Plastón, discípulo primero de Cúltrates, máximo representante de la filiazoofobia universal. Ellos saben perfectamente que tienen poco tiempo, deben aclarar sus dudas sobre las inevitables pasiones que se manifiestan en el cuerpo, esa “carcel-del-intelecto”. Necesitan aprender cómo controlar lo irracional antes de que perezca el supremo. Quizá sería más fácil comprender la seriedad de su dilema si pudiéramos ver el pánico en sus caras ovoides al testicular... c’jm.. ehh... mmm... gesticular... gesticular mientras avanzan a toda velocidad, procurando no perder la postura. De hecho, para llegar al centro del universo, donde el grande reposa, no tienen más que desplazarse pocos pasos sobre la isla, motivo por el que será necesario congelarlos un momento, para apreciarlos con detalle antes del encuentro...ahí está... cuatro shooflistas estáticos, pulcramente vestidos con túnicas largas.

Bien... podemos observar, a pesar de su inmovilidad absoluta, el aire de grandeza que emanan sus oblicuas personas. Todos ellos prometedores sabios de su tiempo, esclavos del intelecto y la forma, emperadores de lo sublime y lo perfecto. Sin embargo no debemos dejarnos engañar. Por más imposible que suene, estos perseguidores del “Ideal” han logrado separarse a tal grado de su corporeidad que, aunque parezcan petrificados, la “Idea” les permite seguir su desenfrenado dialogo interno. Quiero decir que, mientras los analizamos, son plenamente conscientes del hecho de estar suspendidos en el espacio-tiempo. Incluso son capaces de escuchar lo que decimos; y ahora, sorprendidos de que nosotros lo sepamos se sienten descubiertos, amenazados, y se encierran en esa tela que han tardado tanto tiempo en estructurar... su “Individualidad”. Probando...si, probando 1, 2, 3... perfecto. Una vez que logramos enclaustrar su atención tras el pálido cascarón que los cobija podemos dar inicio a nuestro experimento, el verdadero fin de todo esto.

Supuestamente a estas alturas sus mentes están tan protegidas que no alcanzan a escucharnos, pues están convencidos de que nada puede atravesar ese velo que se han aprendido a poner tan ajustadamente frente a todo lo desconocido. Y es eso mismo lo que estamos a punto de poner a prueba y para ello lo único que nos hace falta es música... si, música... vamos, necesito ayuda. Imaginemos la música más movida que hallamos escuchado jamás... por favor, hagamos un intento... una música que esté por ahí guardada, de esas que llegan tan profundo que inmediatamente nos llevan al movimiento instintivo... eso es... sigamos con la música... cada vez más alto... puedo sentir cómo llamamos poco a poco su atención... ¡Más alto!... que bailen en

su inmovilidad, que vibren sus corazones con la pasión del ritmo que estamos imaginando; y en el clímax de nuestra música regresaremos súbitamente el movimiento a estos cuatro huevos, que se supone deben estar meditando, y observemos lo que sucede. Música en su tope... un poco más y... allá van:

Tenemos frente a nosotros un Plasticulón que, desenfrenado, da vueltas sobre su eje como emborrachado por un elixir dionisiaco. Podemos ver claramente cómo cae de sentón mientras Plasticulín y Plasticulito corren en círculos a su alrededor, aterrados. Escuchamos en crescendo el grito de Plasticulón al sentir la cuarteadura que recorre su espina abriéndolo en dos; grito que es apagado por el tronar de los cascarones de sus dos hermanos, que han colisionado estrepitosamente derramando su contenido sobre el suelo de piedra; justo un instante antes de que Plásticulo, que mientras todo sucedía meditaba sobre el espíritu, se acomode las gafas distraído y, sin perder el estilo, resbale suavemente al dar el primer paso sobre el relleno de sus camaradas.

-Cuán frágiles somos- seguramente está pensando mientras se mira las manos sucias. Se levanta temblando, cubierto de lo que bien podrían haber sido ideas, más ya no lo son en absoluto. -Cuán importante es mi cuerpo- también se le habrá ocurrido... -Yo no tengo que ser Plásticulo- lo escucho que dice sacudiéndose las manos- Mi nombre es Artístochafles y en mi está el germen del nuevo mundo.- Es una lástima que al descubrirlo pretenda recurrir a su agonizante maestro y en un intento despavorido por correr, patalee revolviendo esa sustancia blanco amarillenta que sin darse cuenta lo ha lanzado por los aires... Casi podríamos hablar de un brinco perfectamente vertical, si no fuera porque su cuerpo está girando en el aire y tras un parpadeo se precipita de cabeza en caída libre. Tendremos que hacerlo caer en cámara muy lenta, necesitamos alejarnos lo suficiente para no ser salpicados...

Así pues, observando desde lo alto ese pequeño punto que cada vez está más cerca de estallar en un espectacular reencuentro con la madre tierra, es preciso comentar que él nos deja sabiendo de antemano, con profunda certeza, que ni Plastón, ni Cúltrates, ni él, Artístochafles, morirán... mínimo no en 1000 años. El miedo está sembrado, él mismo lo ha sentido al ver a sus amigos cuartearse y lo siente ahora mientras su cascarón revienta en un lento abrazo.

Han cambiado la historia, el hombre se encuentra desnudo de nuevo, los dioses por seguro regresarán; pero esta vez tendrán sus rostros... de hecho, probablemente sea sólo uno... en ese caso... quizá lo hagan "Perfecto".